



VÍCTOR ÁLAMO DE LA ROSA

Víctor Álamo de la Rosa (Santa Cruz de Tenerife, 1969). Ha publicado *Las mareas brujas* (relatos, 1991), y las novelas *El humilladero* (Ediciones La Palma, Madrid, 1994), *El año de la seca* (7Letras, Río de Janeiro, 1997; Monte Ávila, Venezuela, 2000, y Espasa, Madrid, 2002), *Campiro que* (Espasa, Madrid, 2001). Su obra poética consta de los títulos *Fósiles o armaduras del tiempo* (1991), *Ángulos de la medianoche* (1990), *Altamarinas* (1997) y *Mar en tierra* (2002), una antología poética que incluye textos inéditos. Es autor además de una novela juvenil, *El naufragio de los mapas* (1998) y de un libro de entrevistas *Escritores en su tinta* (1995). Su obra narrativa ha sido traducida al portugués y al francés.

*Ha sido encontrada
¿Qué? –La Eternidad.
Es el mar mezclado
con el sol*

(J.A. Rimbaud)

OMAR EL CANGREJO, UNA VIDA PROPICIA A LA LEYENDA

Por eso la escena fue tan propicia a la leyenda.

Porque su madre, Lupe, la boba del pueblo, lo parió a destiempo en un chiquero junto al mar, porque ella –dice el libro sagrado– ya tenía los nervios hechos jirones tan desquiciados que se bababa a todas horas, porque su pelo largo todo lo tenía embadurnado a salivazos –que muchos bravucones le escupían con odio– porque sus ojos azules estaban rojos de dolor y porque Dios en el mar debió apiadarse de tan desdichada mujer, de tan truncado destino, Omar nació pronto, sin titubeos perezosos para entrar en la vida, pescador por nacer tan a la ribera del mar, manco porque el cochino asustado mordió su pequeño brazo de recién nacido al mismo tiempo que Lupe, la boba del pueblo, agotaba sus últimas reservas de vida en machetear el oscuro pellejo de aquella innoble bestia.

Por eso la escena fue tan propicia a la leyenda.

Y lo encontraron gimiendo, medio ahogado entre las heces pesadas del cerdo, que rezongaba a chillido pelado, a unos centímetros de aplastarlo, estertores de muerte con Lupe encima, sangrantes, hediendo a lucha a muerte, y el pequeño brazo, gro-

tesco, todavía con subitáneos pulsos de vida, coleteando como la cola cortada de una lagartija, entre la pinocha, la sangre y las boñigas del chiquero.

Por eso la escena fue tan propicia a la leyenda.

Matías Mora, un pescador aburrido del mar, que había oído los chillidos histéricos, cortantes, del animal, fue el primero en llegar al lugar.

—La Lupe parió un hijo manco —ya gritaban voces roncas, voces graves, voces de niños, voces de mujer, callejeando la noticia por todos los vericuetos del pueblo cercano.

—La Lupe parió en el chiquero de Arenas Blancas —gorgoteaban las palabras, locas, sin dueño, de boca en boca, siendo un eco contagioso que enturbiaba la placidez del amanecer.

Matías cogió en brazos al niño y clavó el machete entre los ojos del animal, que tembló un instante antes de morir. Las pupilas desorbitadas del recién nacido dictaban dolor, pero no fluían lágrimas. Matías caminó unos pasos hacia la orilla del mar, que había amanecido quedo, con unas olas que sosegadamente se tumbaban en la playa, extremando la suavidad, sin fuerzas para mover la mota más minúscula de arena, apenas levantando un rumor de cansancio infinito.

Matías puso su mano sobre la faz del recién nacido tapando su nariz, su boca, y lo sumergió en las aguas unos segundos, lavándole toda aquella mugre que lo ennegrecía, repasando con sus broncas manoplas aquel diminuto cuerpecillo que se resistió a llorar al contacto con las gélidas aguas del amanecer del mar. El muñón del bebé dejó instantáneamente de sangrar. La sal del mar había taponado sus heridas. Matías tembló de susto.

El pueblo se había arremolinado a sus espaldas. Las mujeres más viejas secreteaban entre susurros el nombre del padre de la criatura:

—¡Pepe Severuca, tiene sus mismos ojos!

—No, por el diablo, que me da en la sangre que fue el hijo del peluquero.

—Vete a saber, con lo puta que era la madre.

Matías Mora dejó al niño bocabajo en la arena del playón y regresó al chiquero para recoger el cuerpo ensangrentado de Lupe. Volvió, en sus brazos colgando inerte la boba del pueblo, a la playa, dejando tras de sí un reguero, un rastro de sangre profuso, que manaba sin intermitencias de la entrepierna de la mujer.

Depositó el cuerpo de la madre junto a su hijo que, gateando a trompicones de manco, se encaramó al pecho de Lupe, acomodando su carita ingenua entre las ubres repletas de leche de su madre. Aquella imagen hizo volcar las tripas de los espectadores, que vomitaron donde pudieron el desayuno. Pepe Severuca, encorvado por la violencia de las náuseas, corrió hacia el pueblo, seguido por su madre y poco a poco por la treintena de gentes que habían acudido allí raudos para reírse de la boba de Lupe, que había parido en el chiquero de Arenas Blancas, y no para contemplar entre náuseas a un recién nacido al que le faltaba un brazo succionando las ubres frías del cadáver de su madre, sucio, hediendo a heces de cerdo, ensangrentado, semicubierto por un traje de tergal hecho jirones por cuya sangrante entrepierna asomaba indecorosamente el cordón umbilical que había cortado a mordiscos, a dentelladas de desesperación.

Matías Mora se encontró entonces solo. El sol, una naranja dulce, incendiaba el cielo con un azul inhóspito que infundía vértigo. Cogió al pequeño. Al separarlo de su madre lloró gritos, intentando, con el brazo que no tenía, arañar la cara de Matías. Las olas que empujaba la pleamar rodearon el cuerpo sin vida de Lupe, lo levantaron sin esfuerzo, como si fuera una pluma, y, aplicadamente, con disciplina, ola a ola, metro a metro, fueron llevándolo mar adentro.

Cuando aún flotaba cerca de la orilla Matías corrió hacia ella con intención de rescatarla, de retornarla a tierra para darle sepultura, pero, al tiempo que entraba en el mar, su tajante resolución se desvaneció, tergiversada por alguna voluntad extraña, y, como guiado por otro deseo más alto, volvió a la orilla y se paró a observar, inmóvil, aterido, cómo el cuerpo iba desapareciendo, arrullado, entre las crestas del oleaje.

El sol brilloteaba ahora alto, blanco de tanto calor. Matías Mora empezó a interrogarse, preguntándose qué hacía él allí. Había corrido impulsado por la curiosidad, alarmado por alaridos ensordecedores, pero su intuición de viejo le

sugería que había obrado poseído por ignotos designios. Su mente farfullaba, acalorada por la lógica, hirviendo razones consecuentes, pero el pequeño empe- zaba a temblar frío y hambre. Tiritaba. Su muñón volvía a sangrar. Matías, sin poder poner respuesta a mil porqués, se encaminó hacia la orilla y sumergió de nuevo al niño en las aguas que fulguraban impúdicamente cristalinas, felices, bramando desde sus entrañas más abismales un destino que Omar, maltrecho cuerpecillo recién nacido, hijo de la boba de Lupe, parido en un chiquero junto al mar, debería seguir.

Cuando Matías Mora entró en su choza con el niño en los brazos su hija lo espe- raba con grandes lagrimones colgándole de los ojos. No mediaron las palabras, sólo cruzaron rápidas miradas.

—Desde hoy lo cuidarás como si fuera tu hermano. Se llamará Omar. Tu madre también murió al traerte al mundo —sentenció Matías con una seguridad tan seve- ra que a su misma comprensión escapaba.

Paca, la hija de Matías, tenía veintidós años recientes y una cara en la que su padre disfrutaba del vivo recuerdo de la que fuera su mujer. Paca jamás desobe- decía las órdenes del progenitor y rápidamente aprendió a ser madre.

Omar se alimentó durante los primeros meses de su vida con la leche que le preparaba Candelarita, una mujerona que era la curandera de aquel pequeño pueblo de la costa. Paca se encariñó pronto con el niño y no se apartaba de su lado, día y noche. Los días de verano los pasaba con Omar en la pequeña cala de Arenas Blancas, donde había nacido, bañándose en la mar. Nunca había visto Paca un niño que retozara tan feliz entre las olas, que parecía lo bendecían con sus aguas más suaves. Cuando Omar tuvo seis años empezaron a salirle del muñón como unos dedos, que cuando tuvo quince eran como unas pinzas, lo que le valió entre los niños del pueblo el apodo de Omar el Cangrejo.

Omar desarrolló precozmente extraños instintos:

—Matías, no vayas a pescar. El mar está turbio, hay mar de fondo —decía, dueño de una inmanente seguridad.

—¿Por qué lo sabes?

—Me lo ha dicho él —respondía con una mueca que le daba la razón.

Omar parecía un pez.

Porque nadaba como si sus extremidades fueran aletas (su muñón en realidad casi lo era), porque buceaba minutos enteros sin tener necesidad de subir a la superficie a por aire que llenara sus pulmones, porque nunca fallaban sus vaticinios, como si alguna recóndita premonición dictara a su mente los movimientos imprevistos de la pesca.

Hasta los veinte años no tuvo Omar plena conciencia de sus capacidades. Cada ola era un signo que sólo él podía descifrar, cada brizna de espuma eran grafías de un código secreto, un alfabeto, un idioma, el lenguaje del mar. Por eso gastaba horas y horas embelesado, con la mirada anclada en las rizadas superficies marinas, disfrutando de su empeño torturante, demoliendo, erosionando ola tras ola las rocas, los acantilados, la costa sufriendo el eterno retorno remoto de la violencia infinita del agua.

Cada ola emergía con exactitud matemática a media mar, engordaba con cada metro de recorrido, en el clímax ya de su prisa se encrepaba y entonces estallaba toda su rabia, todo el pesado grosor de sus aguas, abofeteando la costa maldita, cada roca escupiendo trozos, sangre de espuma, tortura erosionante de un mons- truo que no tenía fin, que era lo único inmortal sobre el mundo.

A solas con aquella tenebridad azul que le mellaba el brillo de la mirada, Omar podía reconocer secretos para cambiar el mundo, oír los gemidos de las almas que surcaban cada gota de mar, ver en cada reflejo de las aguas la airada invitación de la muerte, la clara incitación a la lujuria de mil pechos vírgenes, la voz de su madre que le musitaba mimos de amor, el mismito ruido de su vida respirando. Y el mar era entonces la mayor noción de infinito que podía nombrar su estrecha mente de hombre: Dios.

Ocurrió un día caluroso, por las bonanzas de septiembre, que Omar congregó a todos los vecinos del pueblo en la Bahía de los Reyes, en la Playa de Arenas Blancas, al ladito mismo del chiquero junto al mar donde veinte años atrás la boba de Lupe bastardamente lo trajo al mundo.

El mar brillaba con ramalazos de eternidad.

El sol, obnubilado por tupidas nubes de claridad que emergían de las aguas, lucía extinto, débil. Omar estaba de pie, en la orilla. Las olas jugueteaban como cachorrillos, amarradas a sus talones. La mayoría de los rostros que ahora clavaban sus ojos en él habían presenciado su nacimiento, cuando Omar empezó a hablar, aquellas gentes sintieron como si la sangre se les volviera agua hervida, un punzante hormigueo discurriéndole por las venas.

—Ya no tendrán que rezar a un Dios que no se ve. Dios es azul, Dios es el mar —las palabras de Omar resonaron, un eco que atormentó, que enrevesó aún más las formas pusilánimes de las lavas. Un leve murmullo de asombro se levantó del grupúsculo amazacotado de gentes que, con gesto boquiabierto, prestaron los oídos de la atención.

—Fue él quien me engendró para que os lo dijera —se agitaron voces incrédulas, increpando. Una voz sin nombre chilló más alto:

—Loco como la madre que lo parió.

El mar comenzó a agitarse, hirviendo. Matías Mora sintió miedo. Paca lloraba, escondiendo su rostro en una pañoleta negra. Omar siguió hablando unos segundos, cara al mar, una jerga ininteligible, musitando, rezando. Las gentes nerviosas empezaron a apedrearlo, gritando:

—Bastardo loco.

—Hijo de Satanás.

Otros pusieron rumbo hacia el pueblo, mascullando. El cuerpo de Omar se fue inflando, convulso, para agrietarse, como si cuchillos invisibles le estuvieran rebanando la piel. Cesaron las pedradas. Su silueta se recortaba contra el mar. Sus pies estaban hundidos hasta los tobillos en la arena de la playa. Sudaba a burbujas pura agua, la cara se le fue diluyendo, después el torso.

Se oyeron alaridos de pánico.

El cuerpo de Omar estaba ahora en carne viva y seguía diluyéndose, agua chorreando hacia el suelo, hasta que su organismo quedó hecho un charco alrededor de las huellas que sus antiguos pies de hombre habían dejado grabadas en la arena del playón y todo su esqueleto explotó como un saco lleno de líquido. Desapareció. Sólo quedaba aquel charco en la arena que una ola atrevida hizo suyo, abalanzándose intrépida, confundiendo, llevándose mar adentro lo que había sido Omar, el hijo de Lupe la boba, parido en un chiquero junto al mar, Omar el Cangrejo... Pero Matías Mora volvió aquel día a su choza seguro de que Omar ya tenía padre, que su vida sería propicia a la leyenda y que el tiempo haría brotar en los corazones un inédito destino, desde la memoria una nueva fe, ésta que hoy riega con su multitud de fieles el largo y ancho de este estrecho mundo que nos circunda...